

A

ARROLLADO POR UN TREN
TRAS HACER PINTADAS P 30MACRON HEREDA DE
HOLLANDE UNA FRANCIA
ENDEUDADA Y SIN APENAS
CRECIMIENTO P46

Javier Pernía posa con un retrato de Juan Manuel Piñuel en el exterior de las ruinas del cuartel de la Guardia Civil de Legutiano. ■ ROO ASPIAZU

«No voy a dejar que lo vuelvan a matar»

Un ingeniero de Vitoria acude cada domingo al cuartel de Legutiano, volado por ETA hoy hace nueve años, para honrar al guardia asesinado

ÓSCAR B.
DE OTÁLORA

El santuario de Javier Pernía es una garita atravesada por la metralla y que se tiene en pie de forma milagrosa. Las rosas que acaba de depositar en el suelo tiemblan en la estela de los camiones que atraviesan a toda velocidad la carre-

tera que conduce al municipio alavés de Legutiano. En la cuneta, entre unas piedras, hay más flores salpicadas por el barro que levantan los coches. En la parte alta de la valla destaca una fotografía del rostro de un hombre. La imagen muestra a un joven de ojos sonriadores en cuyos hombros se intuye el uniforme de la Guardia Civil. En su coche, aparcado a unos metros, Javier lleva un trapo. Todos los domingos limpia con él el retrato de Juan Manuel Piñuel, el agente asesinado en el atentado contra el cuartel de Legutiano

hace hoy nueve años. Desde el 14 de mayo de 2008 ha cumplido con su ritual de acudir a las ruinas para rendir homenaje a la víctima, cuyo cuerpo fue rescatado sin vida entre los escombros calcinados del recinto. «No dejaré que le vuelvan a matar», susurra Javier. Él nunca conoció a Piñuel ni a nadie de su familia ni a un guardia civil. Hasta hoy era un ciudadano anónimo comprometido con una causa personal.

En la madrugada de aquella fatídica fecha, un comando de ETA repartido en dos vehículos recorrió esa

carretera con una carga letal. Amparados en la noche, dos terroristas aparcaron una furgoneta 'Citroën Berlingo' en la entrada del puesto y, a la carrera, se subieron al segundo automóvil, que les esperaba unos metros más adelante. No hubo aviso ni advertencia. Eran las tres menos diez de la mañana. 150 kilos de explosivo estallaron de repente y pulverizaron la base policial. Las 27 personas que se encontraban en su interior, entre ellas cinco niños, se despertaron cuando una lluvia de escombros cayó sobre ellos. Juan Ma-

nuel Piñuel, de 41 años, estaba en una de las garitas e intentó avisar a sus compañeros. Falleció prácticamente en el acto alcanzado por la deflagración. Su esposa, María Victoria Campos, y su hijo, Juan Manuel, se encontraban entre los heridos y fueron rescatados horas más tarde por los bomberos.

Desolación

Tres días después del atentado, cuando se pudo reabrir la carretera que circula al lado del puesto de la Guardia Civil, Javier Pernía, un ingeniero técnico que entonces tenía 46 años, pasó por delante de las ruinas. En esa época trabajaba en Otxandio, pueblo situado a escasos kilómetros de Legutiano, y veía todos los días el cuartel. «Aquel sitio era una parte de mi paisaje personal. Lo veía siempre al ir al trabajo y al volver... y de repente no estaba, recuerda. Detuvo su coche en la cuneta y comenzó a caminar entre los restos. «La desolación era absoluta. Tuve una especie de conmoción. Esos días había visto en televisión las imágenes de los funerales de Piñuel en la catedral de Vitoria y las de todos los homenajes que se realizaron. Pero allí, en lugar de los hechos, no ha-

CARTA DE MARÍA VICTORIA CAMPOS

«Es un honor que personas así mantengan viva la memoria», dice la viuda

Javier Pernía ha colocado flores todos los domingos en el lugar donde mataron a Manuel Piñuel de la forma más anónima posible. La viuda ha pasado por el lugar varias veces, pero jamás han coincidido. Hace años, ella le dejó un pequeño escrito para agradecerle el gesto. En el noveno aniversario del atentado, EL CORREO les ha puesto en contacto. **Este es el texto que ella le dedica.**

Quiero decir que me parece excepcional que una persona anónima y que no tiene nada que ver con el caso mantenga viva la memoria de una forma tan generosa y altruista, año tras año, desde hace nueve años. Qué bonito tenga vivo un pequeño jardín de violetas para el que olvido no borre el recuerdo de lo allí acontecido y de la insustituible pérdida de un ser que no había causado mal a nadie: Manolo, mi ma-

rido. La memoria de tanto dolor ajeno, personas rotas por dentro y por fuera, llenas de un dolor inabordable, que perdurará en el tiempo durante todas sus vidas. Un dolor presente todos los días, con mayor o menor intensidad. Pero me enorgullece inmensamente que existan personas como él. Limpias de corazón, sencillas y sin ningún tipo de pretensión. Sin lugar a dudas, todo un ejemplo a seguir. Y transmito también las

gracias en nombre de todos los compañeros que sufrieron el atentado la fatídica madrugada del 14 de mayo de 2008. Un millón de gracias, Javier. De todo corazón. Y que Dios te bendiga y te guarde siempre.

gracias en nombre de todos los compañeros que sufrieron el atentado la fatídica madrugada del 14 de mayo de 2008. Un millón de gracias, Javier. De todo corazón. Y que Dios te bendiga y te guarde siempre.

EL ATENTADO

► **Explosión.** El 14 de mayo de 2008 el comando Vizcaya colocó un coche bomba con 150 kilos de explosivos que arrasó el cuartel de Legutiano.

► **Víctimas.** El guardia civil Juan Manuel Piñuel falleció en la explosión. 27 personas resultaron heridas, entre ellas cinco niños.

► **Codena.** El etarra Arkaitz Goleaerxea fue sentenciado a 515 años como autor del ataque.

bia nadie. Tampoco un misero recuerdo. Todo era inhumano. Al día siguiente compré unas flores y las dejé en una las paredes. Así empezó todo. Javier, que no conocía a ningún guardia civil ni militaba en ninguna organización, decidió llevar a cabo su particular ofrenda anónima. Casi clandestina. Siguió poniendo sus ramos y un día, al pasar con el coche, comprobó que los habían quitado y pisoteado. Volvió a colocarlos. Pero en aquel instante entendió que se enfrentaba a un problema mayor. «Había alguien que había matado a una persona y ahora no quería que se la recordase. Todo el odio que yo ya era consciente de que existía estaba ante mí». Se hizo una promesa. «A foto de Juan Manuel Piñuel estará siempre en este lugar y alguien le recordará. Su muerte no caerá en el olvido», se dijo.

foto de la persona asesinada, una carta que escribió su viuda y que se publicó en la prensa en los días posteriores al atentado y un pequeño texto que él mismo escribió. Ha ido con nieve, con lluvia, con frío. Y ha soportado algunos agravios. «A veces me han insultado ciclistas que pasaban por la carretera o algunas personas que caminaban por el arcén. Pero también he coincidido con algunos guardias que me han agradecido el gesto. Una vez había un control de la Ertzaintza y les pedí permiso para pararme en la cuneta y poner las flores. No me pusieron ninguna pega», recuerda.

Javier Pernía es consciente de que es complicado explicar de dónde nace la fuerza para mantener esa promesa durante nueve años. Para intentar describir esa extraña energía recurre a la infancia. «Una vez tuve que acompañar a mi padre al Banco de España, en Vitoria. El hizo unas gestiones y al salir les dije a los dos guardias civiles que custodiaban la puerta: «Buenos días y buen servicio». Ellos le respondieron con un saludo y eso me supuso un shock. La Guardia Civil, según se comentaba en la calle, en las pintadas, era el enemigo, eran unos malvados, pero a

mi padre le saludaron con amabilidad, afirma cuatro décadas después. Unos días más tarde Javier regresaba a casa a la salida del colegio. Estudiaba en los Corazonistas y se dirigía al centro de Vitoria por la actual zona de las Universidades, donde en aquellos años se encontraban los cuarteles de la Policía Armada. La imagen habitual era la de tanques apostados en la puerta y uniformados con ametralladoras. «Uffico que había visto hacer a mi padre. Les saludé y ellos me respondieron con toda normalidad. ¿Eso eran los monstruos que se decía en la calle? Eran personas, como yo». Pero el gran terremoto moral le alcanzó el 5 de octubre de 1980. Ese día, un comando de ETA asesinó a tres guardias civiles en la localidad alavesa de Salvatierra. Los agentes habían acudido al pueblo a ayudar

en la regulación de una carrera ciclista infantil organizada con motivo de las fiestas locales. «Los tirotearon y luego los remataron en el suelo. Delante de todo el mundo. Y los sejes no se paralizaron! La gente seguía de juerga en el pueblo, como si no hubiera pasado nada. ¿De dónde venía ese odio, ese desprecio a unos seres humanos?».

Mensaje a hijo

En la película 'Apocalypse Now', el protagonista, antes de iniciar su viaje al horror de la guerra, afirma: «Quería una misión y por mis pecados me la dieron». A Javier le sucedió algo parecido. La inocencia de su infancia resquebrajó entre las ruinas del cuartel para encomendarle una misión. «Cuando comprobé que había personas que quitaban la foto de Piñuel o rompían las flores, me dije: «Le habéis matado y ahora queréis que desaparezca su memoria». Es como si quisieran asesinarlo dos veces y yo no permitiré que vuelvan a matarlo. Su imagen y su recuerdo permanecerán».

Un miembro de ETA fue condenado en 2010 como autor del atentado. La sentencia está repleta de términos como «trauma de estrés pos-

traumático», «insomnio», «miedo», «cuadros de ansiedad», «depresión...». Son los síntomas de muchos de los agentes que sobrevivieron a la brutal explosión. Las expresiones se repiten en el caso de María Victoria Campos, la viuda de Juan Manuel Piñuel, y también en el de su hijo. Ella y Pernía no se conocen. Únicamente la viuda, en las escasas veces que ha pasado por el cuartel, ha dejado entre las flores algunas notas de agradecimiento dirigidas a quien mantiene viva la memoria de su marido. El ingeniero las guarda en su casa. Ese es todo el contacto que han tenido en estos nueve años. «La verdad es que no sabría qué decirle si algún día la veo. Me daría un corte de la peras», se plantea a veces Javier. «Con el que si me gustaria haber es con el hijo. Calculo que ahora tendrá catorce años y se que esa es una edad difícil. Y quisiera decirle que su padre era una gran persona. Que no ha muerto en vano. Que a mi me ha hecho una mejor persona. Que no se le olvidará jamás».



Imagen de archivo en la que los operarios trabajan en el desescombros del cuartel tras el atentado de ETA. **EL CORREO**

«La foto de Juan Manuel siempre estará en el cuartel y alguien le recordará»

1 Video con el testimonio de la viuda en www.elcorreo.com